

Lic. Luis Balaña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

- 5 **El Padre Eterno**
- Jean Pierre Batut* 7 **Dios Padre Todopoderoso**
- Michael Figura* 24 **Omnipotencia de Dios y dolor hoy**
- Alberto Espezel Berro* 39 **El Rol del padre en la Redención**
- Florian Pitschl* 47 **Reflexiones sobre la crisis del padre en la cultura contemporánea**
- Ferdinand Ulrich* 54 **Dios Nuestro Padre**
- Josef Sudbrack* 60 **Paternidad espiritual. Maternidad espiritual**
- Henri de Lubac* 65 **Asentimiento al Ser y conversión**
- Carlos Schickendantz* 84 **Modernidad, humanismo y religión. Cómo hablar de Dios hoy.**

---

# Dios Nuestro padre

*por Ferdinand Ulrich \**

Nuestra confesión de fe (el Credo) comienza con el perplejo, alegre, grito de adoración, de que el Dios infinito, el Padre, es el Padre de todos los seres, nuestro Padre, a secas, el Padre del Hijo. ¿Pero quién quiere y puede hoy oír ese grito? Las objeciones contra la paternidad de Dios no nos alcanzan en forma aislada; ellas se juntan en un No de la época, cuyo mudo poder amenaza ahogar nuestro grito. Si el mismo Dios no ha muerto, seguramente ha muerto el ideal de paternidad en nuestra sociedad sin padre. Desde los presupuestos conductores del mundo moderno se eleva la protesta contra la arrogancia de la paternidad y no se detiene ante las puertas de la Iglesia. Ella debe sufrir con la noche del Padre, pues su lugar de nacimiento reside en el Hijo "abandonado" por el Padre en la Cruz, que en esta tiniebla realiza en el mundo la total voluntad *actual* del Padre.

## I. LA MUERTE DEL PADRE

### 1. Dios como Padre es el producto de la inhumanidad de los hombres.

El cielo es para Marx el símbolo del capital, la riqueza, el dominio; la propiedad privada que no quiere participarse, por eso se explota, se independiza, se fortalece; su ser vive a costa de un mundo "sin valor". Es la "lógica y la enciclopedia de las enajenaciones humanas", expresión del dominio del hombre sobre el hombre. La figura patriarcal del Padre Dios es sólo la proyección del poder del yo sobre el tú, como reflejo de las relaciones de explotación. Los pobres, los proletarios de

\* Profesor de filosofía en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Regensburg.

todos los países, deben unirse como "hermanos" y se transforman en su propio padre. Con el cambio de las estructuras la *Fata Morgana* se vuelve un padre ultramundano del yo desaparecido. Hasta ahora el hombre ha desperdiciado sus propios tesoros y con esto esta ilusión le ha otorgado poder sobre sí. Ha traído una autoridad ultraterrena, porque no se afirma a sí mismo en la finitud como una autoridad absoluta, no ha osado ser una iniciativa incondicionada de la libertad. Y podía aún ser él mismo el sin origen, no atestiguado; comienzo que no se experimenta. Pero quiere "positiva, directa e inmediatamente" (Marx) en el "humanismo positivo" comenzar desde sí mismo como ser sensible-material.

El padre-Dios se descubre a sí como producto de la impotencia y cobardía humanas; el surge de la no realizada, inhumana vida de los hombres. Cuando los hijos oran al Padre oran a sí mismos, pero en la esquizofrenia de una existencia dividida, que extrapola lo que el hombre es en sí mismo y lo que conscientemente puede ser. Mediante la autoapropiación de los hombres por y para los hombres, es el poder del Padre disuelto, el núcleo del poder-ser de los hombres es colocado en los hombres. Lo que había sido experimentado como anticipación del Padre es comprendido como idéntico al hombre, afirmado, consumado, prescindiendo del Padre, porque el antaño impotente hijo llega a ser su propio padre.

## 2. La disolución "nihilista" del Padre frente a la absoluta autoridad de libertad humana.

Mientras se daba autoridad al más allá, el hombre era meramente "receptor de órdenes" (Nietzsche), incapaz de la garantía incondicional de la indivisible comunicación. Toda autoridad vive egoístamente de la debilidad de los siervos ("la avidez oriental del cielo"), incapaz de mejorar el existir, dejando a la libertad crecer fuera de sí misma. Lo que ella da, aparece sólo como efecto de la ley exigida, que era incapaz de llegar a ser la libertad posible en la carne y la sangre humanas. Ley-esfuerzo están distanciados entre el "libre" Tú divino y el Yo humano y fundan todo en la relación del poder absoluto y la obediencia. La ley autoritaria cambia la relación Padre-Hijo en la correlación del poder informante y el material informado(ello). Ambos se encuentran entre sí sólo allí, donde ninguno es él mismo. En la ley el padre no se da a sí mismo, en la realización el hombre *no* da su corazón. El futuro de Dios significa para el hombre, donde la autoridad sostiene relación, un retirarse del Padre en lo que él ha *sido* para sí, más allá de toda comunica-

ción, como también el yo del (aparentemente) obediente ausente (sido) sigue siendo sí mismo. No se da una legítima presencia de la libertad.

Porque la ley como ideal queda de pie, más allá del poder - siempre desafiado a realizaciones más altas - ; el siervo es informado como culpable frente al señor, como también el futuro de ambos está abierto uno para otro. Culpable es ante todo la autoridad obsoleta, que a Dios impide, compartirse *a sí mismo*. Se da ciertamente como el que ama pero exige a los hombres la afirmación sin condiciones. La revelación del Padre aparece como "sí y no juntamente": el hombre es afirmado - en el contexto de la ley y la realización - como "trabajador" de Dios - pero afirma la autoridad no en sí mismo, y en la obediencia a la ley el hombre, tras la que Dios desaparece como poder inaccesible.

El nihilismo plantea ahora aparentemente un fin a este círculo mortal de la libertad presa en la ley. Si es que el hombre en el "humanismo positivo" (Marx) y en la "voluntad de poder" (Nietzsche) levanta el coraje de ser incondicionado - pero sucumbiendo, también finalmente enajenado - para vivir fuera del propio medio, en cuanto a sí mismo ("paternalmente") como hace madurar lo incondicionado en lo finito - también condicionado - el es creador de sí mismo. Con esto el padre ultraterreno ha perdido su sentido; él no puede en cada caso pretender exclusivamente para sí a su creación (como naturaleza "material", *materia* como "mater"). El no puede quitar la mater(ia) al hijo más largo tiempo, más bien es la madre como mujer del hijo, que así ha llegado a ser su propio padre y así marido de su propia madre. Si fuera antes frente a ella (porque el padre aún no se había revelado como nadie) un "extranjero en este mundo" como naturaleza, así es ahora fiel a su madre como libertador del mundo: humaniza la naturaleza y esta se vuelve "humana".

### 3. *La muerte del Padre como disculpa de Dios y del Hombre.*

La "absoluta autoridad" objetivamente productiva (esto es "mayoritaria"), lograda en lo finito como finita, se anuncia en el crecimiento material y económico (en el fondo de la ideología del progreso), en la mejora de las cosas, la intensificación del tener. La libertad finita dirige su absoluta creatividad ante los ojos como inmensa producción, confirma por ello sus frutos paternos, pero bajo el presupuesto del padre asesinado. Ella no tiene por ello ninguna mala conciencia, pues ella realiza así sólo la "voluntad del Padre": "ser perfecto como él", y aceptar seriamente esta voluntad en la figura de la tierra (como en el cielo).

Con esto la "Mater (ia)" reservada al Padre es explotada técnicamente y sustraída así al poder del origen. Ahora los hijos, rehaciendo el mundo dado, imprimen su propia fisonomía en él, ellos, como el Padre, que tenía poder sobre la mujer producen en la misma naturaleza femenina. La generación es enajenación, y la enajenación: trabajo. La compensación de la negada autoridad paterna mediante el objetivo aumento del existir y dominio técnico del mundo se constituye como el complejo de Edipo prácticamente solucionado: como la disuelta dependencia mediante el trabajo del hijo respecto del padre, y que se ha transformado en su propio padre.

Ahora vale finalmente: quien ve al hijo, "ve al padre". La prueba de ello, que el padre "es más grande", se ahorra. Y mientras antes los hijos tenían su verdadero existir común en el Padre celeste y existían en sí mismos sólo como individuos atomizados, su unidad también sólo puede ser "contemplada" como no realizada prácticamente, ellos están "finalmente" "unidos" en medio de la finitud: el Padre muerto es el elemento de su verdadero *Communio*, y el mundo, la antigua Creación, el medio objetivo de la "interacción social". Pues ahora se descubre el poder del padre como la unidad "concreta" de muchos hermanos. La oblación del trabajo humano verifica el hecho de la privación de poder del padre capitalista - y lo legitima .

Quien contempla el mundo, ve en él no ya al Creador, sino a la mujer del Homo-Natura, el mundo antropocéntrico de los "hijos" hechos capaces de la absoluta autoridad, que son su propio padre. De ahí la búsqueda de la destrucción de toda autoridad, el rechazo de toda representación de una "Cabeza": esta debe "resaltar" de abajo hacia arriba, por lo que los hijos muestran que ellos son de igual esencia que el padre: *in majestate unitas*.

Pero finalmente se anuncia la muerte del padre, que ha muerto en la autoridad del hijo. Que antes fulminaba a los hijos en el camino con anatema, se mostraría como una ilusión. El poder del padre se ha descubierto, como lo que era realmente: el poder del Hijo. En el nosotros "social" se ha restablecido el pneuma de la unidad entre padre e hijo.

Aquí se hace visible, que la muerte del padre en la sociedad moderna muestra una lucha sobre la experiencia trinitaria de Dios: bajo el signo de su negación. Por su muerte el padre ha dado todo, no sólo ha enviado su hijo al mundo, con las penas de éste (mientras él mismo queda tranquilamente en los bastiones celestes), sino que se ha ofrecido "a sí mismo". Y esto parece significar, que aquella participa-

ción, que Él debía a sus criaturas, la ha realizado realmente. Sólo que esta entrega no ha resultado en un espontáneo, y sin fundamento Sí de Dios, sino por fuerza de la autoproducción y emancipación humanas. Mediante esta muerte Dios se ha dado a sí mismo y ha "pagado". Lo mismo se alcanza para el hombre. Mientras Dios era absoluta autoridad en la ley, los hijos no podían realmente responder. La idealidad del "deber" no podía ser cumplida porque ella no podía ser realidad de la viviente libertad de los hombres. Frente a la infinita autoridad divina caía siempre de nuevo impotente en su finitud. Pero ahora, porque los hijos han llegado a ser padre, ellos son de igual esencia que el Padre y por tanto autocreadores y libres : ellos pueden lo que ellos deben y por su parte han "pagado".

## II. LA VIDA DEL PADRE

### 1. Autocomunicación intradivina.

Para romper el moderno discurso en torno a la "Muerte del Padre", debemos escuchar el sentido de la palabra "Padre" (la raíz indogermánica *pitar* - comp. góticamente *fodjan*: alimentar - revela al sustentador y propagador. *Auctoritas de augere*, las más de las veces, significa primero: dar existencia, fomentar). La autoridad que reside en la paternidad consiste en el dejar- ser del acrecentamiento de la existencia traída por ella. Esta existencia deviene más liberada en su propio ser cuanto más reconoce este formato de sí misma, que ella ha traído.

Si esto se entiende, se descubre y se ve aquella falsa interpretación de la libertad descubierta y penetrada, que el que agradece se lo equipara con la servidumbre: mi alimento está en la posesión de otro, no alcanzable para mí sin la que "yo no puedo ser yo mismo". No, el Hijo no es el mismo por la exclusión de lo otro, que no es "yo" (también por la negación de su negación), sino por la obediencia frente al otro dado a él, mediante el que él se apodera de sí mismo.

La autoridad del Amor como mayoría (no de las cosas, sino del ser) es regalada a sí misma, por razón de la "riqueza pobre", de la vida entregada. En el misterio cristiano originario ella no existe primero en la figura de la "Trinidad económica", en la que Dios, mediante lo distinto de sí mismo (el Mundo) sería mediado a sí mismo, sino que originariamente en sí mismo: Dios es en él mismo vida participada, las Personas son relaciones, relación que se da a los otros. Y esto no suplementariamente además del status del poder divino, juntamente en un

segundo principio, sino igualmente originario como la esencia divina misma. Por eso la absoluta autoridad del Padre no es función del mundo creado y redimido por él. Ciertamente es exacto que el poder de la autoridad es comprobable en la creciente libertad de aquello que le obedece, pero no necesita para "probarse" que el hombre sea libre de Dios; pues la autoridad del Padre ya se ha "probado" dentro de la Trinidad.

Dentro de Dios el Padre participa al Hijo toda la riqueza del ser infinito con el Amor. Al engendrar al Hijo, el Padre confía a éste a sí mismo, y ciertamente, porque el Hijo recibe todo del Padre pasando por una absoluta obediencia. En esta obediencia del Hijo que recibe, que agradece, está tomado todo lo otro en obediencia a Dios y a su origen allí abierto: contemporáneamente en el completo recibir, en la completa pobreza - y liberado en la gloria de la libertad creadora y del ser mismo ilimitado. Pues el Hijo, cuyo sustento es la voluntad del Padre, funda por la recepción del don absoluto - la naturaleza divina - del Padre la absoluta libertad en sí mismo. Su obediencia de sí mismo recibido queda como la eterna epifanía de la absoluta autoridad, que al que recibe "acrecienta" hasta un infinito y libera para su camino. La pobreza del Padre es su casta relación frente al Hijo, la callada franqueza, su esperar en el Hijo, que a través de una infinita diferencia dialógica es diverso de él. El Hijo en casa y uno con el Padre es sin embargo ya el Hijo como lo diverso, el Hijo en el "extranjero", por lo que el Hijo en lo extranjero del mundo también debe estar en casa. La plenitud trinitaria del Padre funda *en unidad* la igualdad esencial del Hijo con el Padre (por la que el Padre le traspasa todo el juicio y el Hijo puede ser tomado como "Padre del Futuro"; como también el abad de la abadía benedictina representa la autoridad del Hijo) y la radical obediencia, la plena disponibilidad del Hijo para el Padre. No existe con esto ninguna distancia entre poder y obediencia, ser sí mismo y recibir, como es presumido constantemente en la moderna crítica del Padre.

La respuesta del Hijo a la autoridad del Padre es por ello sencillamente: recibirse a sí mismo como ser. Más exactamente: sí al ser recibido como sí al poder de "dar su vida y recibirla de nuevo en sí", esto es resucitar de entre los muertos y con ello dejar suceder en sí mismo lo que el Padre quiere. En cuanto el Hijo por la *auctoritas* del Padre es puesto de manifiesto en la plena igualdad de Dios, conserva la libertad incondicionada de irrumpir desde la muerte a la vida, "crecer" en lo infinito autoritativo, de lo cual es muestra perenne su eucaristía. La fecundidad del Padre es la fecundidad de su Hijo.

## 2. La creación como presencia de la autoridad del Padre.

En base a la auctoritas divina de la vida intertrinitaria es posible la Creación en la unidad del recibir y ser sí mismo. Pues en el Hijo todo es creado, y nada es sin la Palabra de la absoluta autoridad. Por eso si se habla de la obediencia de lo creado, no puede (como en Marx, Nietzsche, Freud) ser calificado como "pasivo" el espacio, en que la mayoría de lo divino se da. Como espacio del dejar disponer de sí está el mismo hecho en la libertad fundante y está sólo así en obediencia frente al Creador.<sup>1</sup> Cuanto más libre, tanto más rectamente es doblada la rodilla, tanto más abiertos están el corazón y las manos. "Yo no os llamo más siervos, sino amigos". "No sólo nos llamamos hijos de Dios, lo somos". La autoridad del Padre busca a hombres libres, para transmitir a ellos todo lo que debe dar, ante todo a sí mismo.<sup>2</sup> Quien ha recibido, es más pobre, porque mediante el don está lleno del donante. Se ha vuelto más manifiesto para el futuro del don del Padre, que "en todos los buenos dones" se da a sí mismo; más manifiesto también que aquel sólo-abierto, para el que Dios (en una perversa obediencia) supuestamente es "todo", de modo que él finalmente es atravesado en la falta de compromiso del más allá. Por ello "a quien tiene, le es *dado*". En la medida en que su libertad ha crecido, se abre el corazón francamente frente a la autoridad del Padre; no se cierra con el pretexto de haberse tornado rico por el haber recibido. ¡Siempre más rico, tanto más pobre! El sólo abierto, buscador de Dios ("sola gracia"), que el don del Padre no quiere dejar obrar en él, empuja al Padre hacia el más allá y logra por su obediencia servil el espacio libre para su disposición egoísta del propio existir. En el Rey Lear, Regan y Goneril dicen al Padre, que él sería para ellas todo. Cordelia calla, ella sabe que en ese sí se oculta un no. Pero "sí y no juntos, esto no es buena divinidad".

En la medida en que la libertad finita sin presupuestos avanza "gratuitamente", el sí incondicional en medio de la finitud, se somete a la absoluta anticipación del Padre, ella obedece dentro de la obediencia del Hijo, que es idéntico con esa incondicionada libertad. Ese estar conforme con el infinito haber recibido significa estar conforme con la absoluta fecundidad de la libertad en el mundo y en la historia, en el poder de Dios y en su nacimiento en la carne del mundo. Y a la inver-

1 - Por tanto dice siempre de nuevo Tomás de Aquino: que el dado acto de ser de la creación frente al supuesto espacio del aceptar (y obedecer) no es la pura posibilidad de la materia sin forma, ni la potencialidad del acto del ser que recibe, sino: "proprium susceptivum ejus quod est esse" es la substancia, a saber el "esse habens", que ya es realizado, está en sí, por el haber recibido, es puesto libre en sí mismo.

2 Desde aquí debe la Filosofía de las *causae secundae* ser tomada en serio, adquiere también el hablar de "Substancia" (iluminada trinitariamente) nuevo sentido.



sa: quien la absoluta iniciativa del origen del Padre, que obra en la garantía del amor, y descubre la verdad, que la autoparticipación del Padre no es "si y no a la vez", porque en ser el Hijo nos ha dado todo. Pues en el "Verbo en el principio, en que todo tiene su existencia" no es participado en fragmentos, sino en todo, precisamente allí donde él muere, quebrado en la diversidad: él queda eucarísticamente siempre uno, el único sí del Amor indiviso. El absoluto don del Padre, el integro sí es en Cristo "el Amén a la gloria de Dios" (2 Co. 1, 20, 21). El hijo es habilitado al pleno sí a la autoridad del Padre. Por Cristo es uno con el absoluto don del Padre como el Padre me ama a mí y yo amo al Padre, así deben mutuamente amarse ustedes, porque ustedes lo pueden. Sólo no quiere él a ustedes de esta prenda incondicional del sí absoluto dejar haceros pobres, quiere no dar espacio en ustedes al poder del Padre, no quiere ser perfeccionado como vuestro Padre en el cielo. Pero si no os hacéis pobres dejando espacio al poder del Padre por el absoluto sí, no seréis perfectos como vuestro Padre del cielo.

La autoridad del Padre justifica el nacimiento de la absoluta libertad en el mundo por los hombres. Pues la más alta autoridad posee a aquél] que puede crecer al obedecer por causa de un infinito - y esto acontece en la Encarnación de Dios. La posibilidad de asumir una iniciativa de la libertad sin presupuestos significa: rezar "Padre Nuestro".

### 3. *La escondida Majestad del Padre.*

La muerte del Padre no hace libre al Hijo, sino que lo que lo hace libre es la obediencia frente al Padre en la pobreza del Hijo unigénito, que es nuestra absoluta libertad. Al excluirse (la "falta" de Dios) no da al engendrado espacio para desarrollarse, sino presencia pobre del Padre, oculta y encubierta, es el elemento de vida de la glorificación del Hijo y de nuestro poder Él. Aquí deben ser distinguidas dos realidades claramente:

- a) La ausencia del Padre en el sentido de un retirarse: como si permaneciera afuera para que el otro pudiera existir. Esto sería una impotencia del Padre, porque por su presencia suprimiría al Hijo, una impotencia de la verdad, que se debe ocultar, para que otra cosa se revele.
- b) El retirarse o excluirse como forma de presencia, de la riqueza como pobreza. El callar paterno como hecho, anuncio y casto ocultarse, que da el espacio de existencia a los otros, el lugar de su poder existir "instalado" y franqueado<sup>3</sup>. Cuando hoy se lamenta la falta de po-

<sup>3</sup> - Este es también el sentido del hebreo *harah* crear. Creación: presente ser-oculto y así dejar-ser: traer por pobreza creadora, engendrar y probar sirviendo.

der del Padre, no debe olvidarse sin embargo la chance , que aquí tiene el Padre: en la negación se esconde lo positivo: el señorío por medio del servicio: en presente.

En la parábola de los talentos se dice, que el Señor ha entregado toda su fortuna a los servidores, ha repartido todo y se ha ido al extranjero. El se oculta y crea por esa pobreza paternal el posible comienzo de quienes reciben, por su ocultamiento él habilita la iniciativa libre y espera que en este nuevo comienzo, el don de la posibilidad sea realizada de hecho. En el siguiente capítulo del Evangelio continúa la escena del juicio: "Lo que habéis hecho a uno de estos mis hermanos pequeños, lo habéis hecho conmigo". El apartamiento, el irse al extranjero era a la vez presencia incondicionada del Padre en su riqueza total (el Hijo). Esto no deja ningún espacio sobrante para el prójimo que se ama a sí mismo; Dios mismo como el Señor está presente "en el juego". Su majestad no se resuelve en un humano yo-tu-nosotros, estos más bien se someten en todas partes a partir de El. El, el Señor, es el extranjero, el totalmente - otro en el "otro", al que nosotros a menudo dejamos en la puerta. En ese extranjero llama El. Y en ello reside el principio, que la seguridad de los talentos no se limita al prójimo que uno elige, sino sigue siendo la incondicionada infinita superación del Amor en el mundo. El, en la forma del "otro" hace posible esta fecundidad. Sin la presencia del Padre degenera toda interacción humana en una única auto-reproducción egoísta.

#### *4. El ansia de los hombres hacia el sí libre del Padre.*

El retiro o exclusión de la presencia del Padre se ha mostrado a nosotros como fundamento para la incondicionada entrada del Amor en el mundo. Allí donde el hombre quiere llegar a ser su padre por su propia fuerza (en el "decir sí libre" de la voluntad de poder, en el incondicional dar sentido en el hoy (Nietzsche) - o en la marxista "auto-generación del hombre por el trabajo humano") recae él en el centro del acto de nacimiento (creador) del absoluto sí en el mundo desde sí mismo. Deviene esclavo de su identificación con el Padre, no puede cederse, porque no se afirma como dado. Está forzado a legitimarse continuamente como "el origen sin origen". No queda libre del "yo quiero", pues no puede ausentarse de nada "diverso" y, a la inversa, está obligado a hacer saltar hacia fuera esta prisión en la ganancia, "librarse" de sí mismo. En la búsqueda del Padre y de su absoluta autoridad debe él gastarse según opuestas direcciones.

A pesar de esto, el rodear el sí incondicionado de la libertad creadora en lo finito sigue siendo uno de los temas centrales de todo el pensar actual, más allá de Marx y Nietzsche. En general gira siempre en torno al nacimiento de Dios desde el mundo de la "pura" finitud.

El sí del comienzo en la entrada incondicionada debe - como sí paterno - ser incondicionado. Se cree que este desligar de presupuestos ha sido adquirido por el nihilismo y ateísmo de la época. No se da ningún sentido trascendente al que se pueda recurrir. Así se exige todo del hombre para el hombre: lo incondicionado, el sí hecho gratuitamente, "sin fin y estado final", pues estos deben (así se cree) relativizar la falta de punto de partida del comienzo.

Se exige, se espera la irrupción de un sí, que él mismo es el fin. Pero este sí - el camino como fin, la verdad, la vida - se revela sólo en la encarnación del Verbo del Padre, cuya voluntad realiza totalmente el Hijo en la tierra, así como el Padre se manifiesta totalmente en él para el mundo, como hecho en él. En el Hijo, como el sí incondicionado de la libertad en la historia, se presenta el fin mismo: "Quien me ve a mí, ve al Padre". Aquí no se da ningún más allá: el comienzo es indivisible, la voluntad del Padre como principio del Amor incondicional creador en la forma del hombre. El camino es consustancial con el fin. El sueño de Nietzsche, la unidad del ser con el devenir, es cumplido y superado; no menos el comienzo incondicionado en lo condicionado como "positivo humanismo". El Creador se ha hecho hombre, con ello el hombre creador llega a ser "perfecto como el Padre".

Pero el sí incondicionado no busca en el mundo, como la voluntad de poder, su voluntad, su honor, sino el honor de Aquel que lo ha enviado. Por ello el Hijo (el sí del Padre como hombre) se sumerge, no en su propia luz, no se aferra él en una fecundidad prometeica de sí mismo y del mundo, no se agota en el producir y ser fecundo, sino que actúa esencialmente sobre sí. El "no bebe las llamas que se acercan a él", no está ceñido de su propia luz, sino conoce "la felicidad del que recibe", que falta a Zarathustra. El sí es el fin, en cuanto él obedece, se abandona al Padre y posee en el abandonarse, la plenitud del absoluto ser sí mismo. Su soledad no es para él prisión, sino lugar del total desprendimiento de sí. Porque él obedece, él es fecundo en los otros, no extiende "el desierto en torno a sí", una "tierra sin lluvia", sino que implanta la pluralidad ilimitada en el existir. Su comienzo no reside en el "Yo" quiero, sino en el "Como Tu quieras, Padre". Y porque el sí como dado, es vivido y transferido a la obediencia trinitaria, puede Él cediéndose, entrar del lado de lo otro, no tiene la alienación fuera de sí,

sino que la trae centralmente en sí mismo y supera a la muerte en la muerte.

Lo que Nietzsche en la figura del "Superhombre" sin padre y Marx pone en el "positivo humanismo" del hermano, que ha llegado a ser su propio padre, esto cree el cristiano en medio de toda inversión, como la pura finitud de la libertad liberada: él cree en la Iglesia. El da una absoluta iniciativa de la libertad finita, como iniciativa del Padre. La Dei Genitrix es la presencia creada del Padre que se pone de manifiesto, lugar del comienzo incondicionado "sin origen" (paterno) del absoluto sí en el mundo. Ella concluye lo que el Padre hace, como libertad finita, como Madre del Hijo que sin embargo, no lo pretende para sí frente al Padre, como Madre del Hijo fructifica (en su don total), que obedece al Padre. Aquí se llena el anhelo del Homo-Natura y lo supera sin más. Pero ella da a luz al comienzo absoluto, al que el Padre ha formado como de esa Hija, a través de un aceptar infinito. Ella distribuye la iniciativa del Padre en la forma del agradecer, la eucaristía, que es su acción de vida: como Madre ella deja virginalmente a Dios su camino, deja al sí incondicionado, que germina en ella para el mundo, dispone de sí ilimitadamente. Y ahí recibe la revelación de su fecundidad, su autoridad y el lugar, donde la paternidad en el mundo es siempre experimentada nueva, vivida, y no utilizada.

Pues ella misma no debe arrogarse la absoluta iniciativa del Padre, ella no absorbe la anticipación paterna en su seno. Ella no quiere forzar el Acto del Padre por sí misma. Esto es la Iglesia. Sólo en ella podemos rezar: "Padre nuestro..."

*Traducción: Alberto Espezel Berro*